

sus soldados despojados y mutilados en medio de la carretera. El ataque había sido tan rápido como la desaparición de los enemigos y no pudo pensarse en la posibilidad de hacerles pagar cara su audacia. Con ardientes deseos de venganza, por sus compañeros fueron sepultados las víctimas del temerario arrojó del Médico. La confianza de Espinchal en la numerosa escolta que llevaba y en la superioridad numérica de sus hombres sobre los húsares Numantinos le ocasionaron aquel mal paso.

No acabaron aquí los malos trotes que el capitán de Espinchal había de pasar por culpa del caballero D. Juan Páarea. El ataque le obligó a aumentar la vigilancia y a impedir la disgregación de sus húsares, temeroso de un nuevo sobresalto, y su ira impotente contra Páarea aumentó cuando en el desfiladero de Puerto Lápiche encontró los cuerpos de 50 lanceros, degollados y amontonados en un barranco. Pudo saciar su ira y ejecutar su venganza, la acostumbrada venganza francesa, cuando, al salir de aquel desfiladero, la caballería polaca encontró un pequeño convoy de contrabandistas con mercancías inglesas y vinos. Ellos pagaron por los guerrilleros y, cuando al día siguiente, el capitán Espinchal capturó 30 carros de cebada y trigo de unos pacíficos campesinos se consideró vengado: al frente de ellos entró triunfalmente en Valdepeñas con su mermada hueste.

Reaparecía en las cercanías de Madrid el Médico cuando terminaba la Semana Santa y el domingo de Pascua de Resurrección, 29 de marzo, empezaron las fiestas madrileñas. Indica Mesonero Romanos que se celebraron las acostumbradas corridas de toros y José Bonaparte asistió a una de ellas; pero con tan exageradas precauciones como fueron las de colocar avanzadas hasta la venta del Espíritu Santo y la Alameda y centinelas sobre el tejado de la plaza para observar los movimientos que pudieran hacer los guerrilleros que recorrían las llanuras vecinas a Madrid. El día 12 de enero era una fecha que no se le olvidaba fácilmente al rey José.

El 18 de abril se apoderaba Páarea de un correo imperial que marchaba de la capital a Toledo y días después (27 abril) atacaba por sorpresa a un destacamento enemigo entre Higuera de las Dueñas y el Sotillo, en la provincia de Avila. A consecuencia de las victoriosas intervenciones, hechas por entonces, sufrió durante dos meses una implacable persecución que le obligó a largos desplazamientos y a una constante movilidad recorriendo las provincias de Badajoz, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Avila. Fué un triunfo, porque salvó su infantería y caballería

